



CULTURA



Iglesia Evangélica Luterana en América
La obra de Dios. Nuestras manos.

ENCUENTROS PARA
LA MISIÓN

GLOBAL

GLOCAL

LOCAL

CÓMO SE RELACIONA LA CULTURA CON EL ACOMPAÑAMIENTO

Lente y metodología para la misión en la actualidad

La unidad del programa de Misión Global de la ELCA define el acompañamiento como un *Caminar juntos en la solidaridad que practica la interdependencia y la mutualidad*. En este caminar se comparten los dones, recursos y experiencias con amonestaciones y consejos mutuos para profundizar y ampliar nuestra obra dentro de la misión de Dios.

Pueden encontrar una conversación más profunda sobre el acompañamiento en un DVD que presenta al director ejecutivo, el reverendo Rafael Malpica Padilla, titulado *Informe Ejecutivo sobre la Misión Global 2007*, y en el documento titulado *Accompaniment: A lens and methodology for mission today* (Acompañamiento: un lente y una metodología para la misión en la actualidad). Pero en pocas palabras, el acompañamiento no es una nueva teología, sino un nuevo entendimiento teológico de la metodología de la misión. Es un concepto vivo que se sigue articulando y contextualizando mientras los luteranos norteamericanos aprendemos de nuestra historia de práctica de la misión y de nuestra participación actual con iglesias compañeras.

Tres historias se relacionan entre sí en la misión: *Mi historia, tu historia y la historia de Dios*. Con frecuencia, en la historia de la misión se han trazado líneas que desconectaban estas historias, creando un “otro” que está separado.

Al escuchar estas historias, ¿de quién le parece a usted que está Dios? Una meta del acompañamiento es reconocer que Dios, por medio de Cristo, ha borrado las líneas que nos dividen, de modo que nuestras historias —la de usted, la mía y la nuestra— se unen dentro de la historia de Dios, igual que la comunidad dentro de la Trinidad. Pero la superioridad cultura a veces ha sido

utilizada para trazar una línea que pone a Dios en nuestro lado de la historia, de modo que el “otro” tiene que *asimilarse* a alguien para pertenecer a una comunidad.

En la historia de la misión, por ejemplo, comúnmente se le ha pedido a los cristianos de África, Asia y Latinoamérica que dejen a un lado sus propias culturas, historias y narrativas para unirse a una iglesia misionera. Esta tendencia de querer imponer nuestra cultura a otros se le llama imperalismo cultural y ha sido identificada por teólogos como uno de los “motivos impuros para la misión”.

La forma en que interactuamos con “el otro” es la cuestión que define la misión hoy en día. Puesto que la cultura puede posibilitar u obstaculizar nuestra capacidad para interactuar con “el otro” respetuosamente y con mentes y corazones abiertos, este documento explora la cultura y cómo nos moldea y afecta en lo personal y en nuestras relaciones en la misión.

El concepto de cultura: Qué impacto tiene nuestra procedencia en nuestra manera de pensar

La cultura es la forma en que establecemos patrones para nuestras actividades humanas y les damos significado. Es una especie de segunda “piel” con un idioma, hábitos, ideas, creencias, costumbres, una organización social y valores que nos enseñan cómo comer, vestirnos, casarnos o educar a los hijos. En pocas palabras, la cultura es la manera en que “hacemos la vida”.

Este sistema simbólico, compartido y aprendido, de valores, creencias y actitudes moldea e influye en nuestra percepción y comportamiento. Es una “huella o código mental” abstracto mediante el cual operamos.

La cultura es importante porque es un filtro por medio del cual percibimos eventos específicos y les atribuimos valor o significado. La cultura es una influencia, porque moldea nuestros valores, nuestras acciones y las expectativas que tenemos de nosotros mismos. La cultura tiene un impacto

porque influye en nuestro punto de vista, cómo vemos a los demás y sus comportamientos, y en nuestras relaciones.

Características de la cultura

La cultura se aprende. El proceso de aprender la cultura propia se llama enculturización. Nuestro “grupo” moldea nuestra cultura para nosotros. A medida que crecemos, aprendemos observando a las personas que nos rodean e imitando lo que vemos.

Los miembros de la sociedad comparten y construyen mutuamente la cultura. Los miembros de una sociedad acuerdan los principios de una cultura y los practican juntos. Aunque las personas tienen sus propios hábitos y valores, no existe una “cultura de uno”. La interacción cultural continua refuerza a la cultura. Otras personas nos validan cuando vivimos conforme a los valores de nuestra cultura, y nos disuaden cuando no lo hacemos.

La cultura tiene patrones. Poner la mesa, saludarse, enamorar o cortejar —la forma en que “hacemos vida”— son patrones de comportamiento que repetimos una y otra vez a lo largo de nuestra vida.

La cultura es simbólica. La cultura, el lenguaje y el pensamiento se expresan por medio de símbolos. Una bandera, por ejemplo, sin el significado subyacente sería solamente un pedazo de tela.

La cultura se internaliza. La cultura está formada por hábitos. La damos por hecho, y la percibimos como algo “natural”. La cultura dominante en EE.UU. cree que mirar a las personas directamente a los ojos mientras hablamos, es una forma natural de comunicarse. En otras culturas, los padres podrían regañar a sus hijos por hacerlo, porque se considera una falta de respeto.

La cultura como iceberg.

Un iceberg nos sirve como una excelente analogía para la cultura. Al igual que un iceberg, la cultura tiene aspectos observables que se encuentran “por encima de la línea del agua” y aspectos más grandes e invisibles “por debajo de la línea del agua” que sólo se pueden imaginar o intuir.

La comida, la ropa y otros comportamientos en la superficie reciben la influencia de valores y suposiciones que se encuentran por debajo de la superficie. Por ejemplo, las ideas sobre el pudor tienen una influencia sobre el estilo para vestirse. En India, por ejemplo, una mujer puede ir cubierta de pies a cabeza excepto por la zona del ombligo. En la cultura dominante en EE.UU., aunque esta zona del cuerpo de una mujer estuviera cubierto, ella aún podría usar shorts.

Incluso comportamientos que parecen similares por encima del agua podrían tener un significado diferente por debajo del agua. La señal de OK que es tan inofensiva para la mayoría de los norteamericanos tiene connotaciones negativas en otras partes. ¡Estas distintas señales por debajo del agua son una de las razones en que la cultura contribuye a una mala comunicación en las relaciones!

En nuestras relaciones, podemos utilizar el iceberg como recurso para tener un entendimiento más profundo de las intenciones de los demás y, así entender lo que le da significado al comportamiento.

Superioridad cultural

¡Cuando se topan dos icebergs, puede haber problemas! Solemos a mirar el mundo principalmente a través del lente de nuestra propia cultura; un proceso llamado etnocentrismo, que nos lleva a creer que nuestro propio grupo étnico y su cultura son superiores a los demás. Esto nos lleva a considerar a otros grupos y costumbres no como “diferentes” sino como “equivocados”. Por ejemplo, en Estados Unidos, conducimos por el “lado derecho” de la calle. En Gran Bretaña, conducen... ¡por el lado equivocado!

Empezamos como personas etnocéntricas y, por medio de las interacciones con otros, nos damos cuenta de que existen un sinnúmero de lentes culturales. Pero tener el poder de imponer los valores, creencias y cultura de un grupo en otro se considera superioridad cultural. Si se mezcla con la misión, puede llevar a situaciones en las que las personas tengan que “ponerse en orden para pertenecer”; esto es, que tengan que dejar a un lado su cultura y su visión del mundo para ser aceptadas como creyentes. Por ejemplo, a pesar de que era frecuente que los



misioneros occidentales en la África del siglo 19 mostraran su simpatía por la cultura local, “rara vez escapaban de la suposición colonial fundamental de la superioridad europea” de que las culturas y religiones africanas eran “primitivas, inferiores y de poco o ningún valor”, escribe el Dr. Jan Pranger, profesor adjunto de Cristianismo Mundial en la Universidad Concordia, en Moorhead, Minnesota.

Competencia intercultural

Al enfrentar una plétora de icebergs culturales en nuestras relaciones y una tendencia a recurrir a suposiciones de superioridad cultural, ¿qué debemos hacer?

Estamos llamados a adoptar una visión del mundo que sea abierta y flexible en lugar de cerrada y rígida; una visión del mundo que nos permita creer en el poder de las relaciones que viven en el amor, ejemplificadas en la Trinidad, donde las tres partes que la integran viven en la relación y el amor.

Practicar la competencia intercultural o transcultural en la relación es una de las formas en que podemos fomentar dicha visión del mundo. Es especialmente crucial ahora que los viajes, la Internet y la migración han acabado con el aislamiento cultural y llevado a los icebergs a chocar con mayor frecuencia.

La competencia intercultural es como un idioma universal que nos ayuda a relacionarnos por encima de nuestras diferencias. Nos ayuda a ver la cultura como algo que no es ni bueno ni malo, sino simplemente diferente. Los elementos/valores de este lenguaje universal incluyen:

Conocerse a uno mismo. ¿Cómo lo han moldeado su comunidad, sociedad y herencia? ¿Cómo ven esos comportamientos y valores fundamentales las personas de otras culturas? Existen las herramientas para ayudarle a hacer inventario de los valores y comportamientos de nuestra cultura, y para ayudarle a evaluar sus propias actitudes.

Conocer al otro. Averigüe todo lo que pueda sobre cómo vive “el otro”, al leer, probar y experimentar la cultura del otro, y desarrollar una relación.

Hacer un espacio. Haga espacio en sus relaciones para aprender y compartir auténticamente. La cultura popular se enfoca en consumir otras culturas por medio de la comida, la música y otros “productos”. Cristo nos llama a un intercambio más profundo. En lugar de temer o huir de una cultura nueva, Cristo nos invita a vivir por amor y aprovechar nuestra diversidad para el reino de Dios.

Cada uno de nosotros posee una pieza diferente del rompecabezas. En el espacio que creamos para aprender los unos de los otros, las culturas predominantemente individualistas como la nuestra pueden enseñar y compartir el valor de las personas, mientras que las culturas colectivas pueden enseñar y compartir el valor de la comunidad.

El qué tan bien nos introduzcamos a otra cultura o interactuemos con ella dependerá de nuestro conocimiento del idioma local, de nuestra experiencia en la cultura local y de nuestra capacidad intercultural. Cuanto más culturalmente competentes seamos, más estrechamente podremos interactuar con otras culturas. ¡Pero recuerde que nunca nos integramos completamente! La meta no es la integración sino la coexistencia complementaria.

Cristo y la cultura

Si la cultura no es ni buena ni mala, sino simplemente diferente, ¿qué valores culturales personifica el reino de Dios? Dicho de otra manera, ¿cómo está llamada la comunidad cristiana a abordar la cultura? Las dudas y tensiones entre Cristo y la cultura no son nuevas, y hoy son más pertinentes que nunca. El teólogo Karl Paul Reinhold Niebuhr, en su aclamado libro Christ and Culture (Cristo y la cultura), exploró cinco respuestas a la interrogante recurrente sobre “Cristo y la cultura”.

Cristo contra la cultura: Esta respuesta presenta a Cristo y a la cultura como una decisión radical entre una cosa u otra. Como ejemplo de esta idea está la perspectiva de que el príncipe de este mundo es el diablo y, por lo tanto, la lealtad a este mundo sería una lealtad al diablo. El monasticismo es una expresión positiva de este punto de vista. Sin embargo, este punto de vista también ignora que en realidad no podemos escapar de la cultura,



y nos separa de la relación con nuestro prójimo. También minimiza el hecho de que el Cristo encarnado se introdujo a nuestra cultura y a nuestra humanidad y, por lo tanto, formó parte de la misma. Cristo de la cultura: Considerando esto, Cristo y la cultura son lo mismo. Cristo está incluido en la cultura. Por el lado positivo, esto significa que los luteranos norteamericanos no tenemos que estar en contra de los jeans, la cerveza o los juegos de beisbol. Por otra parte, la ética podría ser impulsada por las tendencias actuales en lugar de por una fidelidad arraigada.

Cristo por encima de la cultura: Cuando Cristo está por encima de la cultura, la palabra de Dios es la norma por la que juzgamos a la cultura. Esto nos permite discernir que una práctica que una determinada cultura podría ver como positiva es, de hecho, contraria a la voluntad de Dios, como la esclavitud en el sur en la época previa a la guerra civil en Estados Unidos.

Cristo y la cultura en paradoja: El punto de vista de la paradoja asevera que aunque Cristo y la cultura reclaman nuestra lealtad, existe una tensión entre ambos. Por lo tanto, conforme a la doctrina de Lutero de los “dos reinos” –el reino de Dios y el gobierno terrenal– estamos llamados a situarnos por debajo y por encima de la ley al mismo tiempo. Por el lado positivo, este enfoque no hace suposiciones sobre la voluntad de Dios, la cual no podemos conocer completamente; por el lado negativo, puede llevarnos a la inercia o a no hacer nada.

Cristo transformador de la cultura: Bajo este punto de vista, cuando Cristo viene a nosotros y nos equipa con los dones y frutos del espíritu de Dios, a través de nosotros, Cristo puede cambiar los elementos de la cultura que no se alinean con el Evangelio, las prácticas excluyentes, como el sistema de castas en la India. Un peligro aquí es la posibilidad de que podríamos llenar la imagen que tenemos de Cristo con nuestros valores y compromisos, asumiendo que son la voluntad de Dios, y luego pedirle a Dios que haga lo que nosotros ordenamos.

Conclusión

A medida que nos involucramos en la misión por medio del acompañamiento, somos llamados a equiparnos para participar en la misión de reconciliación de Dios, al invitar a las relaciones correctas y así ver y entender al otro a imagen de Dios. Entender la cultura se convierte en parte de nuestra praxis (la práctica moldeada por la reflexión), mientras nos protegemos de la tentación de identificar una idea específica respecto a la cultura en relación con el cristianismo, o de interpretar la misión como “enseñarles a otros cómo hacemos las cosas”. El Espíritu nos invita a disfrutar de una vida de experiencias y aprendizaje respecto a la sorprendente diversidad de nuestro mundo al tiempo que practicamos una nueva forma de involucrarnos con los demás que incorpore todas nuestras narrativas a la historia de Dios.